

el 10 frente á Viena; el 11 se apoderó del Prater y el 13 de la ciudad, cuyos habitantes estaban dispuestos á defenderse, pero que mal fortificada, capituló después de algunas horas de bombardeo. De esta manera, en menos de un mes, el Emperador batió y arrojó ante él, hacia Viena, más de 150.000 hombres. Los restos de los ejércitos sucesivamente deshechos por él le esperaban al Norte del Danubio.



El mariscal Lannes, duque de Montebello. (Cuadro de Gerard)

No era muy fácil irles á buscar allí, pues los Austriacos, aprovechándose de la lección que recibieron en 1805, se dieron prisa á volar los puentes de Viena. Mientras Napoleón buscaba un sitio favorable para atravesar el Danubio, más arriba ó más abajo de la ciudad, pudo concentrar su atención en los demás teatros de la guerra. Esperaba sobre todo impacientemente noticias de Italia.

El archiduque Juan obligó al príncipe Eugenio á abandonar el Véneto, derrotándole en Sacila, sobre el Livenza. El general Macdo-

nald, que á pesar de sus relevantes condiciones había sido excluido hasta ahora de los mandos superiores á causa de sus opiniones republicanas (continuaba usando el uniforme de los generales de la Revolución), fué encargado por el Emperador de la dirección de la tan comprometida campaña de Italia. Siguiendo sus consejos, el príncipe Eugenio continuó retrocediendo ordenadamente hacia el Adigio, retirada tanto más necesaria en cuanto podía ser cogido entre las tropas del archiduque y los Tiroleses victoriosos, que se disponían á caer sobre Mantua por el valle del Adigio.



El Archiduque Carlos Luis de Austria copia de un dibujo de la Srta. Noiretterre.

Al frente de los montañeses sublevados estaba Andrés Hofer, posadero de Passeyer, que en 1796 había mandado los tiradores de su patria en la guerra contra los Franceses. Aunque tenía siete hijos, no vaciló en volver á empuñar las armas en esta lucha nacional y religiosa. Le secundaban enérgicamente Pedro Huber y Speckbacher, un labrador que había hecho las campañas de 1797, 1800 y 1805, demostrando notables aptitudes militares, y finalmente el capuchino Haspinger, quien, aunque no combatía, inflamaba el valor guerrero de su pueblo con su elocuencia. Secundados por las tropas regulares de Chasteller, antiguo emigrado francés, y de Jellachich, expulsaron de su patria á los Franceses y Bávaros. Una división de 3.000 hom-

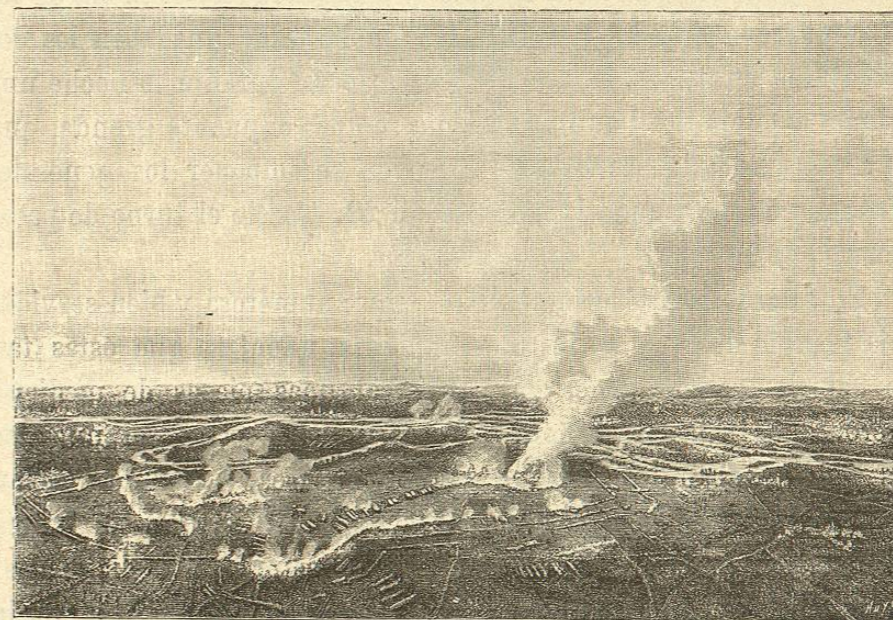
bres vióse obligada á capitular, y el general Baraguey de Hilliers, acampado en las cercanías de Rívoli, hubo de replegarse hacia Verona. Después de la batalla de Eckmühl fué preciso mandar al Tirol al mariscal Lefebvre, quien, en un principio, parecía haber sofocado la insurrección, pero esta tranquilidad no debía durar más allá de quince días.

El archiduque Fernando combatía en Galitzia contra los aliados de los Franceses, los Rusos, de Galitzin, y los Polacos, de Poniatowski, pero por pura comedia, pues en Oulanowka murieron dos rusos y hubo un herido, que, hecho prisionero por el jefe austriaco, fué devuelto al general ruso, dándole toda clase de excusas y diciéndole que creía haber atacado á los Polacos. En cambio, los Rusos estuvieron más de una vez á punto de llegar á las manos con los Polacos, que peleaban á su lado.

Entretanto, Napoleón hizo una requisita de los barcos de Baviera, que cargados de vituallas marcharon á Viena, de donde muchos volvieron á partir llenos de enfermos y heridos, y los que quedaron fueron destinados á la construcción de puentes sobre el Danubio. Napoleón escogió el punto por donde debía verificarse el paso, más abajo de Viena, en cuyo sitio el río se divide en dos brazos, que forman la isla de Lobau, el de la izquierda con una anchura de unas sesenta toesas y el de la derecha de ciento cuarenta. La isla de Lobau tiene aproximadamente una legua de longitud por una y media de ancho; no era, pues, imposible acamparan en ella 150.000 hombres. Seis días después de la entrada de los Franceses en Viena estaba todo preparado, y el ejército empezó á ocupar la isla el día 19 de Mayo: unos 25.000 soldados atravesaron el estrecho brazo, protegidos por la artillería, y avanzaron hacia los pueblecillos de Essling y de Aspern; pero, desgraciadamente, no pudo pasar todo el ejército, por cuanto en la noche del 19 al 20 de Mayo el gran puente, que unía la isla de Lobau con la orilla derecha del Danubio, se rompió á consecuencia de una súbita crecida del río, que aprovecharon los ribereños para echar en la corriente maderos, troncos de árboles y hasta los molinos flotantes de las cercanías de Viena. Al propio tiempo, advertido el archiduque del paso de los Franceses, apareció en la mañana del 20 de Mayo, con 90.000 hombres, en la orilla izquierda

del río. Las tropas atrincheradas en Essling y en Aspern se encontraron, pues, comprometidas, y Napoleón dió la orden de evacuar las dos poblaciones. Molitor se oponía á abandonarlas, pero la vacilación de los generales no le permitió resistir con la unidad necesaria el ataque de los Austriacos, que lograron ocupar Aspern en la mañana del 21 de Mayo.

Hiller y Bellegarde, que habían alcanzado este triunfo, no pudieron mantenerse en la posición conquistada; habíase reconstruido



Batalla de Essling (copia de una acuarela existente en el Museo de Versalles)

el gran puente y el resto del ejército había comenzado á pasar á la isla de Lobau. Las órdenes de presentar batalla, dadas por el Emperador, confirmaron á Molitor en su resolución. Napoleón en persona pasó el puente pequeño y se adelantó tanto que una bala de cañón rompió la pierna de su caballo; todos exclamaron: «¡Alto el fuego si el Emperador no se retira inmediatamente!» Los granaderos de la guardia, que estaban á algunos centenares de metros detrás, tuvieron 300 bajas, ocasionadas por la artillería enemiga; iban vestidos de gala. Al pasar el puente grande se abrieron mutuamente los estuches que llevaban sobre la mochila, y en los que guardaban sus gorras de pelo, y arrojaron sus sombreros al Danubio «¡Así conclu-

yeron,—dice Coignet,—los sombreros de la guardia!» El Emperador comprendió perfectamente que como general en jefe se exponía demasiado; alejóse de aquel sitio, y, por medio de una escalera de cuerda, subióse á un alto abeto, desde donde observó todas las peripecias de la batalla.

El general Lasalle dió más de diez cargas á la caballería austriaca, mientras que Lannes, con la división Boudet, resistía heroicamente el ataque de la infantería. La llegada de los coraceros de Saint-Germain permitió por fin á Lasalle y á Bessières hacer mella en los escuadrones enemigos, y á la caída de la tarde quedaban los dos pueblecillos en poder de los Franceses; pero durante la noche una segunda avenida del Danubio volvió á romper el puente grande, que sólo á costa de fatigosos trabajos lograron recomponer los generales Bertrand y Perneti para la mañana del 22. Tocóle el turno de pasar al cuerpo de Davout.

Entretanto la artillería austriaca, muy numerosa y bien servida, hacía terrible destrozo en las filas francesas, mientras que éstas tan sólo habían logrado poner en batería algunas piezas de mediano calibre. «Las balas de cañón,—dice Coignet,—caían en nuestras filas y se llevaban los hombres de tres en tres, las bombas hacían saltar las gorras de pelo á veinte pies de altura. Así que se rompía una fila se oía gritar:—¡Apoyar la derecha, estrechar las distancias!—Y aquellos valientes maniobraban sin pestañear y decían, al ver la llama de un cañonazo:— ¡Ese es para mí!— Dos piezas quedaron sin artilleros, el general Dorsenne los reemplazó con doce granaderos: y les condecoró; pero todos aquellos valientes murieron al lado de sus cañones.» Una desgracia mucho mayor sufrieron los granaderos: la división de Lannes se batía en retirada, y una parte de ella, presa del espanto, cayó sobre ellos, cubriendo todo su frente. «Como los granaderos estaban formados en una sola fila, cogían por el cuello á los recién llegados y los ponían detrás de ellos diciéndoles:—¡Basta de miedo!— Afortunadamente, todos iban armados y municionados. El pueblo de Essling continuaba en nuestro poder, á pesar de haber sido tomado, vuelto á tomar é incendiado; la infantería lo ocupó toda la jornada. Restablecida un tanto la calma entre los soldados que se habían refugiado detrás de los granaderos, el mariscal Bessières se

encargó de ellos, y, haciéndoles formar, les dijo:—¡Vais á atacar en guerrilla y yo iré á pie con vosotros!—Marcharon todos con este valiente general, quien les colocó, formando una sola línea, á tiro de fusil de las cincuenta piezas de artillería, que vomitaban hierro sobre nosotros desde las once de la mañana; de este modo, una guerrilla vino á proteger el fuego de filas, que habíamos roto sobre la arti-



El mariscal Mouton, conde de Lobau. (Cuadro de Ary Scheffer)

llaría austriaca. El esforzado mariscal, con las manos cruzadas á la espalda, sin descansar de un punto á otro, logró al cabo acallar por un momento la furia del fuego enemigo, lo cual proporcionó algo de descanso á los granaderos; pero el tiempo es siempre sobrado largo cuando se espera la muerte sin poder defenderse, las horas se hacían siglos: una cuarta parte de nuestros veteranos perecieron sin haber podido morder un cartucho. Bessières permaneció detrás de sus soldados más de cuatro horas; el campo de batalla continuó en nuestro poder.»